

ALBERTO EINSTEIN

UN HOMBRE

EL SABIO

Si consideramos la obra puramente científica de Alberto Einstein, tenemos que confesar, nosotros, los profanos, que no estamos todavía en condiciones de comprender el profundo sentido revolucionario de sus fórmulas físico-matemáticas. No practicamos el culto de la incompetencia y confiamos en los sabios, verificando por métodos experimentales la teoría de la relatividad y de la identidad de masa y energía, exponen en un lenguaje menos abstracto el significado de las verdades expresadas por Einstein mediante unos signos algebraicos. Los que, en su juventud, han recibido algunos conocimientos de la ciencia astrofísica, han retenido los nombres de Galileo, Copérnico, Laplace, Newton y con ellos la visión de un cosmos que nos parecía definitivamente establecido, con sus planetas y galaxias, con sus leyes mecánicas y los misterios insondables del "más allá", del mismo modo que los antiguos creyeron en la astrología asiria, los mapas de Tolomeo y, apenas unos siglos antes, en la orgullosa idea de que la Tierra es el centro inmóvil del universo, o por lo menos de su sistema solar.

Aun si la razón nos incita a aceptar la veracidad de las teorías einsteinianas, tenemos que desacomodarnos de nuestro modo de pensar, de este sentimentalismo que nos tiene bajo el hechizo de las herencias milenarias, de lo que se llama "verdades adquiridas" de una generación a otra; y, en vez de la geometría euclidiana, con su espacio tridimensional, tenemos que ver y sentir el mundo y su vida como una realidad en la cual se manifiesta el cuarto factor: el tiempo. Y he aquí que la visión del mundo nos ofrece, en vez de la única verdad absoluta, una serie de verdades relativas, ilustradas no por un solo universo, sino por innumerables universos, por infinitos que se interpenetran y se renuevan en el incansable flujo y reflujo de las energías cósmicas.

Einstein empezó con su Memoria sobre electrodinámica de los cuerpos en movimiento, para llegar —por medio de sus estudios sobre el "efecto fotoeléctrico" y sobre la masa y energía— a constituir la base de la teoría del átomo. Su célebre fórmula según la cual la "energía concentrada en la materia es proporcional a su masa", ha ofrecido a la física nuclear uno de los más tremendos secretos de esa realidad total que unos llaman Cosmos o Naturaleza, y muchos, simplemente: Dios. — Perfeccionando sin cesar, de un estudio a otro, su teoría de la relatividad generalizada, él ha englobado, según uno de sus comentaristas, "en una síntesis monumental, como nunca había sido lograda, el problema del espacio y del tiempo"; y finalmente "la meta que su audacia y su genio le habían fijado, ha sido: la fusión de los campos electromagnéticos y gravitatorio, o sea la teoría del campo unitario."

El destino, o mejor dicho la simple fatalidad biológica, ha detenido por la muerte de Einstein esta marcha heroica hacia la conquista suprema: el secreto de la vida, es decir, de sus orígenes. La ha detenido por algún tiempo... Pero su teoría acerca de la materia y de la energía, ya es aplicada en el dominio de la física nuclear. Así, pues, de lo "infinitamente grande" a lo "infinitamente pequeño", de los innumerables astros y vías lácteas, a los átomos. Algunos sabios perseverantes, comprobando la exactitud de las teorías de Einstein —y eso según sus propias sugerencias— han logrado encontrar los medios prácticos para desencadenar la inmensa energía acumulada en la materia. Disgregando sus átomos, han multiplicado de tal modo las posibilidades humanas, que ya se habla del próximo reino de la abundancia y de la felicidad so-

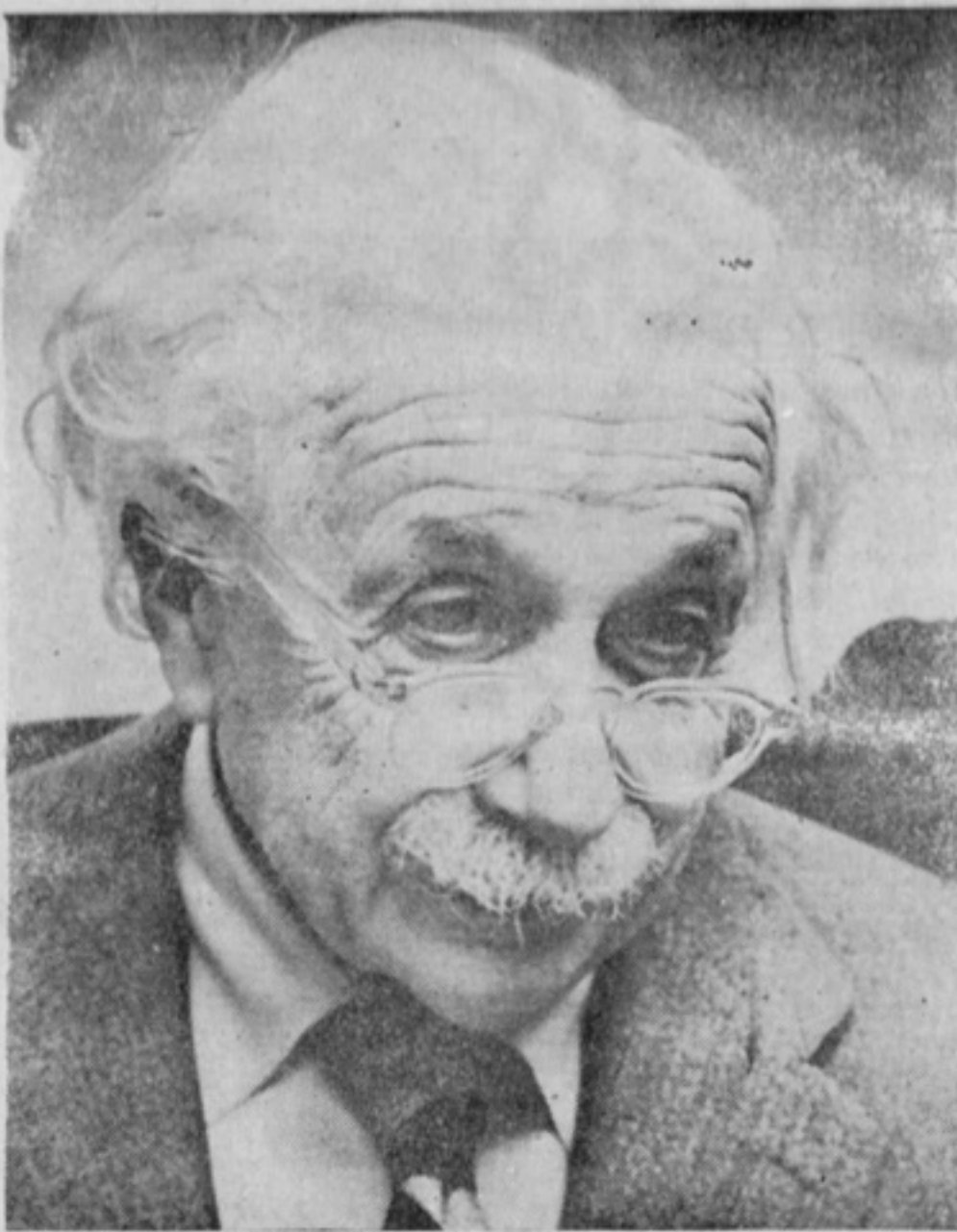
bre la tierra. La bíblica maldición —"ganarás tu pan con el sudor de tu frente"— será vencida por la ciencia, y el hombre surgirá finalmente de los rebaños: no será más carne de trabajos forzados, carne de cañón para los gobernantes y sus privilegiados, ni carne de placer ilusorio, para mantener en una sociedad injusta la superpoblación de los esclavos y desdichados...

Y tantos idealistas míopes, tantos falsos filántropos y sociólogos de gabinete se apresuraron en glorificar a Einstein como a un "hacedor de universos", como el más poderoso genio de todos los tiempos, a él, tan humano en su modestia de pensador, tan simple en su vida individual y familiar, tan humilde precisamente por ser un iniciado en los secretos de la vida y que, pudiendo descubrir una ley del universo, no se vanagloriaba por eso, sino que, consciente de su propia pequeñez física y de la relatividad de su existencia, llamó a ley "la sombra de Dios."

EL HUMANISTA

Si Alberto Einstein es, en verdad, uno de los más grandes sabios de nuestra época según los testimonios de sus compañeros de estudios e investigaciones, tenemos que añadir que él no es grande sólo por su ciencia, pues la ciencia no es un fin en sí misma, sino un medio en la lucha del hombre —en los límites de las fatalidades de la naturaleza y en las varias contingencias sociales— para asegurarse el "mínimum de existencia", el sustento primero, y superarse luego intelectual y espiritualmente. En este sentido Einstein ha sido grande: por su profundo amor a la humanidad, por su solidaridad con los individuos que constituyen la gran familia humana. Para nosotros, los humanistas, él representa el tipo más expresivo del hombre integral que, partiendo de su propia realidad biológica, puede asimilar y acrecentar los valores culturales del pasado y, proyectándolos en lo porvenir, nos ofrece en su persona la imagen anticipada del hombre cósmico. — Su filiación, a la vez real y simbólica, es la del legendario Prometeo, que quiso arrancar a los dioses el secreto del fuego; de Pitágoras, el mago de los números y de las reglas de oro; de Leonardo de Vinci, tan enciclopédico por su intuición y su fuerza creadora; de su antecesor, Newton, otro "hacedor de universos".

Alberto Einstein no ha sido, pues, un especialista hermético, en un dominio restringido. Cuanto más multilateral, tanto más comprensivo para con sus "hermanos, sus semejantes" mantenidos todavía en ignorancia y subordinados a los intereses de algunas minorías de privilegiados o de los más distinguidos intelectuales. Si Einstein mismo se ha expresado una vez en favor de un gobierno mundial, él no pensó en los políticos, sino en las mejores inteligencias, en los sabios y filósofos capaces del máximo desinterés personal, para el bien de todos los individuos. La constante preocupación por los destinos de los pueblos, por encima de las diferencias raciales, políticas o religiosas, ha marcado la actividad científica de Einstein con el sello de un trágico problema de conciencia, de un conflicto interior que constituye la verdadera nobleza de los reformadores morales y forjadores de la cultura. Siempre se ha formulado a sí mismo la interrogante: ¿En qué medida sus descubrimientos científicos pueden ser útiles al progreso general de la humanidad? El teórico de la física nuclear no olvidó en ningún momento el tremendo peligro de poner en manos de los que pretenden gobernar (de los partidos sedientos de poder, de los magnates de la industria y las finanzas, y de los dirigentes autocráticos de



las masas proletarias) el secreto de liberar una energía incommensurable por la disgregación atómica. Ya que, por desgracia, los primeros que han utilizado sus fórmulas científicas y las de sus colaboradores y continuadores —como Enrique Fermi— fueron los hombres de guerra y no los hombres de paz. Antes que las milagrosas centrales de energía atómica para fines productivos, que aliviarán las penas humanas, los amos de los pueblos, con sus equipos de sabios deshumanizados y de técnicos fríos e implacables como robots, han realizado las bombas atómicas —Hiroshima, Nagasaki— y siguen en una irracional carrera de armamentos, la fabricación de bombas mucho más potentes, y quién sabe qué más...

Einstein advirtió a los gobernantes y a los falsos sabios a sus órdenes, el peligro que reside para todos, amigos y enemigos, en el empleo de la energía termonuclear, cuya fuerza destructora no siempre puede ser refrenada. La guerra atómica no conoce el frente que separa a los beligerantes; vencedores y vencidos son igualmente amenazados. No sólo la cultura y la civilización, sino pueblos enteros, la vida misma con sus elementos naturales puede desaparecer de esta tierra si los gobernantes irresponsables siguen ocultando la horrenda verdad y, sobre todo, si los hombres, desde los trabajadores manuales hasta los intelectuales esclarecidos, confían su destino en manos de unos supuestos dirigentes. Esta advertencia de Einstein es su verdadero testamento; es el grito de alerta del mago, cuyos malos aprendices le han robado la fórmula que abre los diques, pero no saben la otra fórmula que pueda refrenar la catarata de las aguas que arrastran y ahogan todo.

Esta otra fórmula, ¿quién de los humanistas la puede ignorar? Intuitivamente la conoce cualquier hombre, por humilde o ignorante que sea. Es el amor al prójimo. Es, en una palabra: ¡la Paz! Los argumentos de Einstein contra la guerra concuerdan con los de todos los individuos sensatos, pero son reforzados por su prestigio moral de sabio, para el cual la vida es sagrada, de creador de valores culturales que deben conservarse para el progreso de la humanidad. Sus llamados han sido recopilados en un libro: "La lucha contra la guerra" (por Alfred Lief, ed. Nervio, Buenos Aires, 1933.)

EL PACIFISTA

Numerosas son las cartas y los mensajes que Einstein ha dirigido a las organizaciones pacifistas y a sus congresos internacionales. Si ha apoyado las propuestas de desarme, tantas veces fracasadas en las reuniones de la Sociedad de las Naciones, de la ONU y de varias conferencias diplomáticas, ha sostenido con firmeza, con devoción, los movimientos independientes, las agrupaciones activas, consagradas al pacifismo integral y a la defensa de los "objetores de conciencia", a todos aquellos que se niegan a emplear la violencia en las relaciones entre los individuos y entre los pueblos. El verdadero pacifismo no es unilateral, una mera actitud sentimental, un testimonio de buena voluntad. Quien pronuncia la palabra "paz" debe convertirla en acción. En 1930, cuando emprendí mi encuesta mundial acerca de los "Caminos de la Paz", preconizando la creación de una Internacional Pacifista apolítica, constituida por todos los movimientos del pacifismo integral, Alberto Einstein me escribió una carta que expresa claramente su

pacifismo activo, sino un exasperado grito de alerta contra los regímenes de opresión, que se multiplican en Europa, de un país a otro, con todos sus estragos políticos, económicos y culturales. Se dirigió especialmente a los intelectuales, cuyo deber consiste en negarse a cooperar en las empresas que violan los derechos del individuo. Esto es tanto más necesario contra todas las reformas de inquisición, relativas a la vida privada y a la filiación política de los ciudadanos. Se sabe que Einstein se ha expresado del mismo modo en 1954, en los Estados Unidos, donde encontró un refugio tan hospitalario, pero donde empezaron a manifestarse los peligrosos métodos de coerción conocidos bajo el nombre de "mac carthysmo". La tiranía es repudiable en todas partes, bajo todas sus máscaras.

EL INDIVIDUO Y LA SOCIEDAD

Humanista y pacifista, Einstein no podía ignorar los problemas sociales y económicos. "El hombre, decía, es a la vez un individuo y un ser social. Como individuo, tiene primeramente a preservar su propia existencia y la de sus prójimos; después a desplegar sus capacidades innatas y a satisfacer sus aspiraciones superiores". Si no se puede negar que el individuo depende de la sociedad, no debemos olvidar que la sociedad humana no es, no debe ser un simple hormiguero regido por instintos rígidos. "Las estructuras sociales y las relaciones humanas son muy variables y ofrecen grandes posibilidades de transformación". La sociedad, según Einstein, debe ser como "un ajustamiento orgánico, como una fuerza protectora. El hombre no puede encontrar un sentido a la vida ya corta y peligrosa, sino sirviendo a la comunidad."

Definiendo de este modo la correlación individuo-humanidad, el sabio, demuestra que el origen del mal reside en el desequilibrio económico de la sociedad: "Estamos en presencia de una vasta colectividad de productores, cuyos miembros se esfuerzan, sin descanso, en robarse los frutos de su trabajo común si no por la violencia, por lo menos mediante "normas legales". Y eso, en gran parte, en beneficio privado de unos cuantos. "Se produce para la ganancia y no para el consumo"... "La competencia forzada conduce a una enorme pérdida de trabajo y a la deformación de la conciencia social del individuo". Condenando esta competencia despiadada, Einstein cree que no existe más que un medio de vencer el mal: "el elaborar una

economía social apoyada por un sistema de educación, concebido según objetivos comunitarios". Se inclina hacia una economía dirigida que "consagrando los medios de la comunidad a la producción, repartiría las tareas entre todos los aptos para el trabajo y garantizaría a cada hombre, a cada mujer y a cada niño una vida decente". Expresándose contra la extrema concentración de la potencia política y económica, contra la omnipotencia de la burocracia estatal, Einstein concibe que la humanidad — si logra apartar estas formas de opresión— "podrá obtener un milenio de paz, de prosperidad y felicidad."

Palabras de profeta, pero pronunciadas con la simplicidad de la razón lúcida, con el calor del buen sentido, con la sinceridad del sabio desinteresado, ajeno a las vanidades humanas. Bajo el alud de los honores y homenajes, oficiales o privados, este genio científico ha conservado la serenidad del hombre que se siente solidario con el destino de todos los hombres sencillos y trabajadores. Tenemos, en su vida sobria y modesta, en sus modales que ignoraban las así llamadas "convenciones sociales", la respuesta a su propia pregunta: "¿Cómo es posible que siendo mis libros tan poco accesibles al público, yo sea tan popular?" La multitud, los hombres de la calle y de los talleres, tienen la intuición de las verdades universales formuladas por un sabio; sienten en él a un guía, a un protector, a un consolador. Decía una vez Bertrand Russell, el filósofo y matemático inglés: "Quien conoce lo que Einstein ha hecho, queda atónito; pero muy pocos saben lo que ha hecho". ¡No! muchos saben lo que ha hecho este hombre, que ha puesto sus excepcionales dones intelectuales y espirituales al servicio de la humanidad, es decir: de los individuos que constituyen el pueblo universal, unitario, anhelando la paz, la justicia y la libertad.

Einstein ha servido a todos, sin pedir nada para sí. Su conciencia era demasiado rica y fuerte, para buscar alguna recompensa en las apariencias pasajeras de la gloria. Si necesitaba un descanso después de su trabajo agotador o después de las duras pruebas de las contingencias social-políticas, él lo encontraba en sí mismo, en la comunión con las bellezas y energías de la naturaleza, y en esa oración que siempre ha sido para él la música. La música bienhechora del alma, la música vivificadora de las esferas astrales. Este sabio tenía

(PASA A LA PAG. SIETE)

En las diarreas agudas del lactante ..



...una asociación eficaz

En las diarreas de origen infeccioso del lactante es de mayor importancia disponer de alimentos-medicamentos que den el tratamiento específico de la infección el tiempo de actuar y que pongan al lactante en estado de poder resistir la infección y vencer la enfermedad. Por eso —al lado del tratamiento medicamentoso— el tratamiento dietético de la diarrea mantiene un lugar de primer plano.

El AROBON, gracias a su poderosa y rápida acción adsorbente, elimina del intestino las bacterias patógenas y sus toxinas.

Con el ELEDON se establece una rápida realimentación, proporcionando al niño la cantidad necesaria de proteínas y suficiente grasa para evitar fenómenos de desnutrición.

La asociación de AROBON y ELEDON constituye así el tratamiento de elección en las diarreas del lactante.



UNA GRAN INDUSTRIA AL SERVICIO DE LA PEDIATRIA

Selecciones CIENTIFICAS

- VOMITOS Y NAUSEAS**
- 1ª Fase: La Tiamina fue considerada una medicina de elección.
- 2ª Fase: Se comprobó que la Piridoxina, actuando sobre el metabolismo lipídico es más eficiente que la Tiamina.
- 3ª Fase: SINERGIA PERFECTA: Se demostró que la asociación TIAMINA-PIRIDOXINA es más eficiente que una de esas vitaminas administrada aisladamente.
- 4ª Fase: Se observó que el extracto de corteza suprarrenal es frecuentemente necesario para reforzar la acción vitamínica.
- 5ª Fase: LA ASOCIACION DE PIRIDOXINA-TIAMINA-HIDROLISADOS DE HIGADO Y CORTEZA SUPRARRENAL (aminocidos). Y clorobutanol, es lo más efectivo para el tratamiento racional y eficaz en los vómitos y náuseas, especialmente de la gravidez.